

## **EL APOCALIPSIS. EL PROBLEMA DE LAS RELACIONES CON EL ESTADO**

### **Capítulo 26 Del libro “Guía para entender el nuevo Testamento” de Antonio Piñero**

Es éste un libro único dentro del Nuevo Testamento que ha servido de consuelo para muchos, pero de piedra de escándalo para otros que ya desde los inicios del cristianismo no-comulgaron con sus ideas sobre el fin del mundo, y sobre todo con la creencia en un reino paradisíaco de mil años en esta tierra. Muchos han utilizado este libro para predecir el final del universo y la civilización presente sin caer en la cuenta de que es un escrito de circunstancias, dirigido específicamente a la generación contemporánea del autor. Otros lo han empleado como base para una oposición absoluta a cualquier forma de estado, puesto que el Apocalipsis pone en tela de juicio que la autoridad civil venga de Dios como afirma Rom 13. Para entender bien esta obra ha de tenerse en cuenta que forma un conjunto con personajes y pasajes apocalípticos de todo el Nuevo Testamento: Jesús, Pablo (1 Tes 4-5), evangelistas (que recogen Me 13 y paralelos), la escuela paulina (2 Tes 2,12ss), las Cartas católicas (1 Jn 2,18; 2 Pe y su defensa de la parusía) textos que es conveniente que relea el lector para introducirse en la atmósfera adecuada a este libro.

#### **1 Ambiente espiritual que condujo a la composición del Apocalipsis**

Es conveniente que el lector tenga presente la visión histórica de conjunto ofrecida en el capítulo 5 (pp. 85ss), sobre todo lo referido a las expectativas mesiánicas hasta el gobierno de los Asmoneos/Macabeos, más el de Herodes el Grande y sus sucesores. Estos reinados fueron un gran fracaso en lo religioso, pues cuando todos los condicionantes externos parecían favorables para que la Ley fuera la norma absoluta de Israel, no fue así. Hubo gran decepción y se fortalecieron ciertos comportamientos sectarios que intentaban arreglar la situación: entre otros se consolidaron los peligrosos celotas. Otros sucesos del siglo I, como el intento de Calígula de entronizar una estatua suya en el altar del templo de Jerusalén y la increíble matanza de judíos en Alejandría en el año 38 d.C, hicieron que se acrecentara el ambiente apocalíptico que llegó a su culmen con el enfrentamiento judíos-gentiles de la Gran Revuelta contra Roma. Ahora bien, la corriente apocalíptica que miraba la solución final de todos estos problemas, con sus ojos puestos en el gobierno de Dios sobre Israel, nunca formó una secta concreta, como la de los fariseos o esenios, sino que fue una atmósfera o tendencia que invadía el pensamiento teológico de casi todos los grupos en diferente grado. Su caldo de cultivo eran las esperanzas mesiánicas. Durante todo el siglo I d.C. en la época de Jesús y de los primeros cristianos, estas expectativas tomaron cuerpo absolutamente firme en Israel. Los cristianos heredaron totalmente, al cien por cien, estas esperanzas mesiánicas, pues su maestro Jesús de Nazaret había hecho de la llegada inminente del reino de Dios —una forma de mesianismo— el centro de su predicación y actividad. Cuando Jesús murió y sus discípulos creyeron firmemente que había resucitado, pensaron que su retorno como mesías definitivo, como ayudante de Dios para instaurar el Reino y formalizar el juicio contra los pecadores, sería absolutamente inmediato. Pasaron los días y los años, y a finales del siglo I de nuestra era estas esperanzas en la vuelta de Jesús se apaciguaron en algunos grupos cristianos, pero en otros no sólo continuaron vivas, sino que se acrecentaron. La persecución de Nerón en Roma, que aunque restringida hizo derramar gran cantidad de sangre de cristianos, la

guerra judía con sus cruentas batallas y su tremendo final, con la destrucción de Jerusalén y del Templo 70 d.C), llevaron a pensar a muchos cristianos que por fin estaban cerca el final. Éstos eran los signos previstos por Jesús y los profetas cristianos de que el momento de la liberación estaba cerca (Me 13 y par.). Al deseo del retorno de Jesús se unía con toda claridad el desprecio hacia un Imperio, el romano, que no sólo estaba derramando sangre de cristianos, sino que en la persona de Nerón empezó a oponerse al culto a Cristo. En el 81 ascendió al trono imperial el más joven de los hijos del emperador Vespasiano, **Domiciano de nombre**. Era éste un joven arrogante, buen administrador, pero tremendamente creído y celoso de su autoridad como jefe del gran Imperio del mundo. Sobre todo fuera de Italia, en las provincias y en especial en Asia Menor, tuvo interés Domiciano en que el culto a su persona como Emperador y a la diosa Roma fuera practicado por todos los súbditos como norma, lo cual serviría en su opinión para dar ligazón y estructura firme, religiosa y política, a un Imperio compuesto de gentes tan diversas. Para una población pagana y politeísta dar culto a la diosa Roma y al Emperador —como encarnación en la tierra de la divinidad suprema que tutelaba el Imperio— no suponía ningún problema. Se trataba simplemente de añadir un dios más al panteón. Se adoraba al Emperador, pero los dioses familiares seguían teniendo la primacía. No ocurría esto con los cristianos. Estos habían heredado del judaísmo un monoteísmo acendrado. Era imposible en absoluto adorar al Emperador y a los dioses tutelares del Imperio porque eso iba contra la divinidad única. Si un emperador o sus delegados en las provincias urgían este culto del Estado, los cristianos se negaban a ello con lo que se situaban al margen de la ley. Podían entonces ser odiados y perseguidos. Y así sucedió por lo visto en Asia Menor, quizá en Tiempos de Domiciano. A juzgar por lo que ocurrió ciertamente después (hacia el 110, en época de Trajano) y por el ambiente de persecución que supone 1 Pe, debieron de comenzar en Asia Menor los ataques contra los cristianos en tiempos de Domiciano, aunque no hubiera una persecución generalizada\*. Al parecer hubo denuncias, juicios, negativas de cristianos a adorar las estatuas del Emperador y de la diosa Roma... y condenas a diversos castigos. Localmente, por obra de ciertos gobernadores esta situación se agravó... y corrió sangre de cristianos.

En estos momentos de angustia en la era de Domiciano, quizá más por lo que se temía en un futuro inmediato que por lo que ocurría de momento, un cierto personaje, Juan por nombre, predicador del Evangelio y destacado profeta de los cristianos, fue probablemente desterrado por motivos religiosos a una de las islas del mar Egeo que los romanos utilizaban para desembarazarse de elementos políticos molestos sin condenarlos a muerte. Allí tuvo una serie de visiones. Contempló cómo el mundo estaba gobernado por poderes saránicos, cómo Dios lo permitía porque formaba parte de su plan de libertad del ser humano y de la salvación para la humanidad. Vio también cómo se acercaba el final conforme a ese plan de Dios bien trazado en las Escrituras..., si se sabían interpretar correctamente. La intención divina no se concentraba ya en la restauración del Israel material, sino en el triunfo final del Israel espiritual, el verdadero Israel, los cristianos. Los dolores de parto mesiánicos, es decir, las penurias antes del triunfo del mesías, ya habían comenzado, lo que apuntaba a un final cercano del mundo y de la historia. El conocimiento de este plan divino lo había recibido Juan por revelación y la descripción de cómo habrían de desarrollarse las diferentes escenas de este triunfo de Dios y de su

mesías, Jesús, es el núcleo del Apocalipsis. Su lectura en las reuniones de los cristianos de Asia Menor, y en el resto de las iglesias si era posible, conseguiría fortalecer a las comunidades desoladas ante la persecución presente o inminente y consolarlas con la esperanza de que el final y el premio estaban cerca: un final glorioso, espléndido, triunfal. La historia era realmente un drama cuyo desenlace estaba a las puertas. En él eran Dios y el Israel (verdadero) los protagonistas; y el antagonista era Satanás con todas sus fuerzas y aliados: el principal la muy odiada Roma. El Diablo y sus satélites perderían al final la batalla completa: serían aniquilados por Dios y su Hijo. Sus verdaderos adoradores, los cristianos, triunfarían con ellos y recibirían el ansiado premio.

## **2. Otras claves de lectura del Apocalipsis.**

Para describir el final de la historia el autor utiliza todos los símbolos de su cultura judía en especial temas de las Escrituras sagradas tal como él las entendía, El Apocalipsis no se entiende si no se tiene presente como trasfondo el Antiguo Testamento especialmente el Libro del Éxodo y los profetas Daniel, Ezequiel, Isaías y Zacarías.

- El autor mezcla los dos niveles en los que se desarrolla la batalla final entre Dios y Satanás: el cielo y (a tierra. Literariamente el desarrollo del Apocalipsis procede como en un movimiento en espiral: desde la tierra al cielo y luego a la tierra, para tornar de nuevo al cielo. Así, 1-3: tierra; 4-5: cielo; 6,1-7,8: tierra; 7,9-17: cielo; 8,1-11,14: tierra; 11,15-19: cielo; 12-14: tierra; 15: cielo; 16-18: tierra; 19: cielo; 20: tierra; 21,1-22,5: cielo y tierra. Igualmente mezcla presente y futuro. Por ejemplo, en 11,1-13; 12,10-11; 14,8-13; 18,9-24.

- El Ap es una obra muy pensada y estructurada que se rige por ciertos patrones literarios, aunque éstos no sean inflexibles. El patrón dominante es la repetición de unidades numéricas, que desempeñan un papel importante. El número principal es el siete: siete comunidades a las que el autor dirige siete cartas (1,4ss); siete espíritus o ángeles (1,4 y 11,15); siete candelabros de oro y siete estrellas (2,1); siete sellos (4,1-8,1); siete cuernos y siete ojos (5,6); siete trompetas {8,7- 12; 9,1-21; 11,15-19}; siete truenos (10,3); muerte de siete mil personas (11,13); siete cabezas (12,3); siete visiones sobre la llegada del Hijo del hombre (14,1-15,5); siete copas llenas de desgracias (15,5- 16,21). El significado del siete es la plenitud. Otro número que hace contraste con el siete es el seis y significa la impotencia para alcanzar la plenitud. El ejemplo más característico es el número / nombre cifrado de la Bestia 666 (13,18). Otro número, aunque menos importante, es el cuatro: cuatro seres ante el trono de Dios (4,6); cuatro ángeles en los cuatro extremos de la tierra (7,1); cuatro cuernos del altar celeste y cuatro ángeles atados junto al Éufrates, preparados para asolar la tierra (9,13); las naciones enemigas de Dios están congregadas en los cuatro extremos de la tierra (20,8). El número cuatro significa lo cósmico. El siguiente número que se repite es el tres: tres ciclos de sellos, trompetas y copas (4,1-8,1 / 8,7-12 / 15,5); tres ayes (8,13); tres batallas escatológicas (12,7 / 19,11 / 20,7); sólo la tercera parte de la tierra es destruida (8,6-9,13); trinidad satánica {Serpiente - Bestia - Pseudoprofeta} que emiten tres espíritus inmundos (16,13). El número tres o la triple repetición significa también la totalidad. • El autor piensa que su libro va a leerse en una asamblea litúrgica de cristianos. Por eso entremezcla con sus visiones material litúrgico o himnos (4,8.11; 5,9-13; 7,12; 12,10ss; 15,3s; 19,6ss). Estima que lo conocido del material impulsará a sus lectores

a pensar que tienen en su vida espiritual los elementos que le ayudarán a resolver el problema de su angustiada situación presente dándoles la fuerza de la esperanza.

### **3. Estructura**

Como en toda obra que relata visiones, no hay una estructura absolutamente rígida. En el caso del Apocalipsis esta característica se hace aún más patente porque el autor intercala entre sus propias visiones material recibido de fuera, del acervo de las corrientes apocalípticas de su entorno judío. Este material no son visiones propias, sino de otras obras apocalípticas que el autor intercala entre las suyas.

El Apocalipsis se divide en dos grandes partes, precedidas por un prólogo (1,1-11). La primera parte es el presente (caps. 2-3). La segunda parte (caps. 4-22) representa lo que ocurrirá al fin de los tiempos, el futuro próximo, inmediato: «Escribe lo que has visto: lo que es y lo que va a suceder más tarde» (1,19). Los hechos que describe el autor aparecen en escena varias veces: Los mismos acontecimientos se describen hasta en tres ocasiones, pero desde distinta perspectiva, utilizando normalmente a la vez el esquema del siete. La repetición triple es como la de una composición musical que presenta una obertura, la presentación del tema y luego el desarrollo pleno de éste. Así: 4,1ss / 5,1ss / 6,1ss son en realidad la misma visión: los ancianos que tienen la función de adorar a Dios aparecen tres veces {4,4 + 4,16 / 11,16-17/19,4}. Los ciclos de los siete sellos, siete trompetas y siete copas son sustancialmente la misma visión repetida tres veces: 6,1-8,1 son una descripción sumaria de los horrores que van a venir y preparan el Gran Día de la Cólera = los siete sellos. 8,2-11,19 forman una segunda descripción de los mismos horrores y castigos: comienza la Gran Cólera = siete trompetas. 15,1-16,21 constituyen la tercera y definitiva descripción de los mismos espantos de la Gran Cólera = siete copas. Por tanto, los siete sellos, las siete trompetas y las siete copas dibujan los mismos acontecimientos, pero en oleadas sucesivas.

Éste es el eje central del Apocalipsis. Terminado este plan de triple repetición de los horrores de la Gran Cólera, viene la descripción del triunfo, que es a su vez repetición y expansión de temas o anuncios anteriores. Así, el séptimo sello de 8,1 contiene en su seno todo lo que viene después, de 8,2 a 22,5; la caída del Imperio romano (17-18) es repetición y expansión de 14,8; el exterminio de otros paganos (19,11-21) es repetición y ampliación de 14,9-11; la primera victoria, reino de mil años y los dos combates escatológicos (20), son repetición y desarrollo de 7,13-17; 14,1-5 y 15,3-4; la segunda y definitiva victoria del plan de Dios (caps. 21 y 22) es repetición y expansión de 11,15-19.

En este plan de repetición cíclica —que en conjunto forman siete bloques— no encajan bien los capítulos 12-13; 17-19; 20-22 pues no presentan el esquema del siete. Como hemos dicho, proceden probablemente de otro material utilizado por el vidente Juan que no se acomodaba a la estructura del septenario. Los capítulos 12-13 (4-14) 4-17-18-19 + 20-22 son complementos, precisiones y añadidos a lo narrado o preanunciado en los ciclos de los siete sellos (6,1-8,1), siete trompetas (8,2-11,19) y siete copas (15,1-16,21).

### **4. Contenido**

El capítulo 1 presenta el marco fiterario de lo que viene después: lo que sigue es el producto de una revelación de Jesús (1,1); el visionario saluda a sus lectores, se presenta

a sí mismo e introduce el contenido de la primera revelación preparatoria (1,9-20). El autor no oculta su personalidad detrás de la máscara de un héroe del pasado como Henoc, Adán, Elías, etc. El Apocalipsis no es una obra pseudónima, como prácticamente todas las de este género. Juan habla como inspirado porque el Espíritu o Dios en general (22,6) habita en él. En realidad es el Espíritu el que habla: «El Espíritu y la Novia [la Iglesia] dicen...» {22,17}. Primera parte: el presente: caps. 2-4. Esta sección contiene siete cartas a siete iglesias o comunidades de Asia Menor que son presumiblemente el entorno del autor. No podemos saber si estas misivas eran un material previo del que disponía ya el escritor o están compuestas para la redacción definitiva del Apocalipsis. Las cartas están estructuradas del mismo modo:

1. Encargo divino de escribir.
2. Presentación de la divinidad que es la que habla en realidad.
- 3 Mensaje: compuesto de: a) situación de la comunidad; b) alabanzas o reprimendas por ella.
4. Exhortación a oír con atención y anuncio de victoria para los que oigan. El contenido de estas cartas nos deja percibir quiénes son los lectores y qué problemas existen: a) hay un clima de persecución; b) algunos han perdido el fervor religioso de los primeros momentos; c) hay «herejías» internas en el cristianismo y un cierto peligro de ser indulgente con el culto al Emperador.

El autor se presenta en estas cartas, y en el conjunto de la obra, con una perspectiva ideológica parecida a la del Evangelio de Mateo o a la de la Epístola de Santiago opuestos a la corriente paulina. Es un judeocristiano que acepta la Ley y a la vez cree en la mesianidad de Jesucristo: la Serpiente hace la guerra a los hijos de la Iglesia «que guardan los mandamientos de Dios [la Ley] y el testimonio de Jesús» (12,17). Sin duda una Ley interpretada por Jesús {Evangelio de Mateo} puesto que en el Apocalipsis no hay indicación alguna de la exigencia de circuncidarse para ser salvado. ¿A qué se enfrenta el vidente Juan en las cartas? Probablemente a una interpretación del cristianismo similar a la de las iglesias paulinas. Al criticar las «calumnias de los que se llaman judíos [verdadero Israel] pero no lo son» (2,8), afirma claramente que él es defensor del auténtico judaísmo. Critica también la falta de obras, es decir, una relajación en la práctica de ciertas normas de la Ley ("Conozco tu conducta... No he encontrado que tus obras sean perfectas a los ojos de mi Dios»: 3,2; cf. también 2,6. 22; 3,8.15: hay que volver «a las obras primeras»). Reprende severamente el que algunos vayan contra Israel {«Hay algunos que enseñan la doctrina de Balaán..., a saber, poner tropiezos a los hijos de Israel y comen carne dedicada a los ídolos y fornican»: 2,14), es decir, que sean como los «fuertes» de las comunidades paulinas (cf. cap. 11; 8.3, pp. 282s) que se permiten estas libertades y que proceden incluso en contra de las normas mínimas de adhesión al judaísmo {las leyes noáquicas: cf. pp. 262, 272 y 280} impuestas a los gentiles. En una palabra, se tiene la impresión de que la secta de los nicolaítas, contra la que disputa el autor (2,6) tiene una teología parecida a la de los paulinistas, quienes corren el serio peligro de asemejarse a los paganos, es decir, admitir al Imperio romano que es el gran enemigo de Dios. Segunda parte: el futuro: capítulos 4-22. En 4,1-5,14 Dios entrega al Cordero / Jesús {teología similar a Jn 1,36} el libro de los siete sellos que contiene el destino final del mundo. Con el volumen Dios Padre otorga al Cordero el poder de ejecutar sus decretos finales contra los enemigos, los

paganos. 4,1 es visión paralela a 5,1 y el tema es el mismo: el Cordero tiene poderes sobre el destino del mundo. 4,1 tiene un paralelo también con 11,19: en ambos lugares se indica la apertura de los cielos. Los dos versículos introducen pasajes importantes: 4,1 es el preludio de la visión de Jos siete sellos y de las siete trompetas {caps. 6-9. 11,14}; 11,19 es el preliminar de la lucha del Cordero y sus seguidores contra las potencias demoníacas del mundo, la derrota de Babilonia y la gran alegría que se produce en el cielo (19,1-10).

En 4,4 aparecen por primera vez en escena veinticuatro ancianos sentados en tronos delante de Dios con vestiduras blancas y coronas doradas. Su función en diversos lugares del Ap es la adoración y alabanza de Dios: 4,10; 11,16-17 y 19,4 (repetición: tres veces). En 5,9 ofrecen a la divinidad como intermediarios las oraciones de los santos. Tienen por tanto una función sacerdotal o litúrgica. Quizá representen al antiguo y al nuevo Israel, o bien son veinticuatro sacerdotes celestes que corresponden a las veinticuatro clases sacerdotales de 1 Cro 24. 5,3ss afirma que sólo el Cordero puede abrir los sellos del libro entregado. Esta visión está inspirada en Ez 2,9: se trata de un libro en forma de rollo escrito por los dos lados. Hay que entender que la parte o cara exterior no está sellada y es accesible a todos. Cuando se vayan abriendo los seis primeros sellos (6,1-8,1) se muestra la parte exterior del rollo. La parte interior —la verdadera revelación, sellada— empieza con el séptimo sello: las visiones de 8,2 hasta 22,5. Estas son reveladas también por el Cordero a Juan y manifiestan el último acto del drama cósmico, la voluntad inmutable de Dios sobre el fin del mundo y de la historia, voluntad anunciada veladamente por los profetas (10,7), pero que ahora se revela en su plenitud. 6,1-8,1: La visión de los siete sellos describe sumariamente lo que luego se dibujará con más pormenores en 8,2-14,20 y 15,1-22,5.

Por unto, 6,1-8,1 no representan todavía una revelación de la historia universal hasta el fin, sino que es la cara visible, externa, no sellada, no secreta, del librito de 5,1. Como apuntamos, hasta que se rompa el séptimo sello (8,1) no se verá la parte interior, sellada, de ese libro. Al terminar de abrirse los seis sellos aparece una visión intermedia (cap. 7) que rompe la serie de siete sellos al igual que 10,1-11,14 romperá la serie de siete trompetas. Es la visión de los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos de Israel y una muchedumbre inmensa de ex paganos convertidos a Jesús y que han sufrido tribulaciones por su fidelidad a éste: «Estos son los que vienen de la gran tribulación (¿la persecución de Nerón? tíos fieles muertos en la guerra judía?) que han «lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero» (7,14). Esta visión intermedia es un recurso escénicoliterario del autor. Los ángeles no harán daño a la tierra hasta que sean sellados los elegidos con la marca de Dios. Se anuncia por vez primera el triunfo de los cristianos en el cielo. Luego este triunfo se repetirá (cap. 20) según el modelo literario ya indicado de la repetición triple. Obsérvese, por ejemplo, cómo se habla del triunfo de los ciento cuarenta y cuatro mil en 7,4 y en 14,1-5.

8,1: Séptimo sello. Falta la descripción estricta de este sello. No se indica explícitamente su contenido porque éste es el conjunto de visiones de 8,2 a 22,5. Se hace en el cielo un «silencio como de media hora» —otro efecto escénico— para indicar que lo que sigue es muy importante: desde la máxima angustia hasta el triunfo final. Recuérdese que a partir de 8,2 se trata del contenido sellado, interno, del libro mencionado en 5,1, ahora revelado en tres momentos: 8,2-14,20 + 15,1-18,24 + 19,1-22,5.

8,2-11,19: Visión de las siete trompetas. Puesto que se trata de una ampliación desde otra perspectiva, estos versículos tienen una estructura similar a la de las siete visiones de los sellos de 6,1-17 + 8,1. Ahora se describen seis trompetas, un intermedio (10,1-11,13) y la séptima no suena hasta 11,14-19. Las seis primeras trompetas, hasta 9,21, anuncian terribles daños que caen sobre la tierra: terremotos, pedrisco, cataclismos, humaredas, langostas devoradoras, azufre, etc. El contenido de la séptima trompeta se despliega en las siete plagas de las siete copas, a partir de 15,5, al igual que el séptimo sello se ha desplegado en todo lo que se describe hasta 22,5. El trasfondo en el que se inspira el vidente es la descripción de las plagas del Éxodo. Aquellas prepararon la libertad del pueblo de Dios rescatándolo del faraón. Las nuevas plagas disponen la liberación de los cristianos del moderno faraón opresor, el Imperio. Esta destrucción tampoco es definitiva porque el vidente señala una y otra vez (8,7.9.10.12; 9,4.15) que sólo una parte de la tierra (un tercio) resulta afectada. Esto dará pie para que en los capítulos 15-16 se describan otras plagas (la visión de las siete copas) y en 17-19 aparezca la destrucción final de los enemigos de Dios: el Imperio y las naciones rebeldes. A pesar de tantas calamidades, «los demás hombres, los no exterminados por estas plagas, no se convirtieron... de sus asesinatos, hechicerías, fornicaciones y rapiñas» (9,20-21). 10,1-11,15: Aquí comienza un intermedio escénico y anuncio de la futura victoria —hasta el sonido de la séptima trompeta en 11,15— al igual que 7,1-17 era un intermedio dramático en la serie de los siete sellos.

11,1-13: El Templo y los dos testigos. Juan utiliza aquí un texto previo que remodela para sus fines. Tanto el significado de este escrito anterior a Juan como su aplicación por el vidente nos resultan bastante oscuros. El texto que suponemos base del actual parece aludir a dos figuras mesiánicas inspiradas en Zac 4,3.14: dos olivos (ungidos) y dos candeleros (luz para Israel) que fueron asesinados por la Bestia (el Imperio romano) en un momento en el que las tropas paganas penetran en el atrio del Templo, pero éste y el altar no reciben daños. Estos sucesos podrían corresponderse con la represión brutal de la revuelta popular contra Arquelao, hijo de Herodes el Grande, en el 4 a.C. por parte de Quintilio Varo, gobernador de Siria durante el reinado de Augusto. La utilización de este texto por parte del vidente parece aludir a acontecimientos durante o después del asedio de Jerusalén durante esta represión: medir el Templo (11,1-2) es un signo de protección divina. La parte interior, el «altar y los que adoran en él» son los cristianos, protegidos de la destrucción. El patio exterior, que no se mide, aludiría también al Santuario, hollado por los gentiles, los soldados del mismo Quintilio Varo (cf 11,9: los atacantes son paganos) pero no destruido. A la vez es posible que el autor aluda inconsecuentemente a la destrucción del Templo en el año 70 d.C. No sabemos quiénes son estos dos testigos mártires, aunque 11,6 alude a poderes parecidos a los de Elías (provocar una sequía: 1 Re 17,1, que dura tres años y medio) y a los de Moisés (convertir en sangre las aguas: Ex 7,17). Pero en el texto actual del Ap parecen ser personajes contemporáneos al autor: quizás los dos Santiagos, el hijo del Zebedeo y el hermano del Señor, martirizados en los años 40 y 60 respectivamente. Otros intérpretes piensan en una alusión a Pedro y Pablo, martirizados por Nerón antes del 68: del mismo modo que Josué y Zorobabel (cf. el texto de Zac 4,3.14) fueron los jefes de la comunidad que volvió del Exilio. Así Pedro y Pablo son los jefes cristianos que lideran el nuevo Israel, la Iglesia de Cristo. Los dos testigos resucitan

pasados tres días y medio-, como Jesús, pero no con tanta premura («a los tres días»). Los «cuarenta y dos meses» de 11,2 indican un tiempo limitado (13,5). 11,15-19: Séptima trompeta: anuncio del reinado de Cristo. El inicio de la séptima trompeta no presenta horrores y cataclismos como las seis anteriores, sino el anuncio del reino de Dios y la descripción del templo celestial: un adelanto del resultado final (hasta 22,5).

12-13 señalan el comienzo del núcleo central del Apocalipsis: el enfrentamiento de la Serpiente (Dragón o Satanás) y el Cordero (con sus seguidores, ¡a Iglesia) en los momentos inmediatamente anteriores al final de los tiempos. Estos capítulos son visiones en las que se presentan a los personajes (Serpiente, Bestias, Mesías). Luego en capítulos sucesivos vendrán las luchas y el triunfo de Jesús. En 12,1-17 la Serpiente se enfrenta a la Mujer. Ésta puede significar a Israel que da a luz el mesías o también a la Iglesia y sus hijos atacados por Satanás después de que el Mesías ha subido a los cielos. El origen de esta figura mitológica de la mujer es el mito de la diosa, reina de los cielos, común en todo el Oriente Medio antiguo, unido a la figura femenina de Sión en el Antiguo Testamento. El trasfondo de la lucha es Gn 3: pugna entre la Serpiente y la Mujer con su descendencia. La identificación de la mujer con María se produce tarde, ya en la Edad Media. La corona de doce estrellas representa a Israel y sus tribus, pero aquí, el nuevo Israel. El trasfondo es el sueño de José en Gn 37,9: «El sol, la luna y once estrellas me adoraban...». En 12,3 los diez cuernos y las siete cabezas con siete diademas se inspiran en Dn 7,7 y representan al Emperador y a Roma con sus siete colinas. En Ap 17,9 se dice que las siete cabezas son siete colinas sobre las que está sentada la gran Ramera = Babilonia = Roma. Las siete cabezas son también siete emperadores (19,10) y los diez cuernos, diez reyes vasallos (19,12). Mientras que la propaganda imperial desde Augusto asemejaba a los emperadores con Apolo, vencedor de la Serpiente de Delfos, en el Apocalipsis el Emperador aparece al revés, como la Serpiente, enemiga de Cristo. Aparte de Gn 3 la Serpiente o Dragón estaba asociado en el imaginario judío a Leviatán, «serpiente tortuosa, monstruo que está en el mar» de Is 27,1.

12,5: Nacimiento del Mesías. No se refiere al nacimiento físico, sino a su muerte redentora en donde «nace» o es constituido verdaderamente mesías como se dice en Hch 2,34 y 13,33. En la muerte y resurrección de Jesús es cuando Dios pronuncia la frase «Yo te he engendrado hoy» y «Siéntate a mi diestra» (Sal 2,7 y 110,1) y constituye a Jesús señor y mesías. Entonces es «arrebatado hasta Dios y su trono». Los dolores de parto del mesías corresponden a una tradición judía: la mala y dolorosa situación del universo que el mesías nacido viene a arreglar. Entonces se producirá la restauración de Israel (y de los fieles al mesías). 13,1-18: las dos Bestias. a) 13,1-10: La Bestia del mar, el Anticristo, Se trata del desarrollo del tema mítico de la lucha de la Serpiente contra los descendientes de la Mujer del capítulo 12. La primera bestia del capítulo 13 es una criatura del Dragón o Serpiente (13,4) y es un símbolo del Imperio, que tiene «poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación» (13,7). Este capítulo se inspira fundamentalmente en Dn 7 y 13. La bestia combina los elementos de los cuatro animales de Dn 7,3. Esta Bestia no porca los rasgos de un emperador concreto, sino más bien las facciones imaginarias de la figura demoníaca del Nerón redivivo (cf. 13,3: herido de muerte, pero se cura: Nerón muere, pero resucita en Domiciano para perseguir a los cristianos). El Imperio romano es el antagonista de Dios, y la confrontación de los dos señala el punto culminante de la historia y el comienzo del fin.

El mal escatológico es adorar al Emperador o Anticristo, es decir, plegarse a las exigencias del Imperio

b) 13,11-18: La Bestia de la Tierra. Esta segunda fiera, parlanchína, es luego designada como el falso profeta en 16,13. La abundancia de profetas falsos en general son signos del final: Me 13,22. El Pseudoprofeta incita al culto al Emperador y al Imperio, contrapartida al culto a Cristo. En 13,18 aparece el número cifrado de la Bestia 666. El número se ha interpretado de diversas maneras. Comúnmente se piensa que son las letras del nombre del emperador Nerón en su forma griega, que leídas y sumadas con su valor como números dan ese resultado =  $1+2+3+4+5 + 6+7+8 = 36$ ;  $1+2+3$  (diversas combinaciones con las consonantes del sintagma «Cesar Nerón») =  $630 + 36 = 666$ . 14,1-20 + 15,5: Esta sección consta de siete visiones sobre la llegada del Hijo del hombre, cuyos comienzos están en 14,1 / 14,6 / 14,8 / 14,14 / 14,17 / 15,1 y 15,5. Las siete visiones anuncian de antemano lo que va a ocurrir —posteriormente se volverá a describir con más amplitud— y empalman directamente con la visión de las siete plagas en las siete copas que comienza en 15,5. En este versículo comienza la visión séptima que se expande en las siete copas que portan siete plagas (15,5-16,20). Como ya sabemos, estas visiones se corresponden a las de los siete sellos y las siete trompetas. 16,2-21: Las siete copas con las siete plagas. Estas visiones entroncan con el tiempo actual del vidente: las copas / plagas caerán pronto sobre los que adoran a la Bestia y llevan su marca (16,2). 16,13 + 19,20 + 20,10: son referencias al falso profeta que aparece como Bestia segunda en 13,1 Iss. Este profeta puede no ser una persona concreta, sino una referencia a la clase sacerdotal pagana de ciertas ciudades de Asia Menor que exigía fanáticamente el culto al Emperador. En 16,13 aparece una trinidad satánica: Diablo-Serpiente + Bestia-Anticristo + Segunda Bestia-Pseudoprofeta. 17,1-19,10: La caída de Babilonia/ Roma. Juicio contra Roma y castigo. Roma es una «célebre ramera» porque es la idólatra por excelencia. Juan sigue la tradición de los profetas del Antiguo Testamento: Roma es como Tiro, Babilonia, Nínive, grandes y ricas ciudades idólatras. En Os 1,2, Is 23,16 y Ez 16,15-16; 23,13, etc. la idolatría es como la infidelidad en el matrimonio. La ciudad idólatra es una «prostituta»; quienes la sirven son «fornicarios». La Bestia «era, ya no es, pero reaparecerá»: el Imperio existió durante mucho tiempo; ya no es porque está siendo derrotado; reaparecerá para librar contra Dios la primera batalla escatológica: «Vi entonces a la Bestia y a los reyes de la tierra con sus ejércitos» (19,19).

17,9-11 son versículos de difícil interpretación, pero claves para datar el Apocalipsis. Tentativamente puede proponerse lo siguiente: los «reyes son siete»: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano, Tito (no se cuentan los tres emperadores que duraron muy poco, Galba, Otón y Vitelio, entre Nerón y Vespasiano). «Cinco han caído»: cinco han muerto: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón. «Uno es»: Vespasiano (69-79). Ha muerto de hecho también, pero «es» porque sigue su dinastía, los emperadores flavios, sus hijos: Tito y Domiciano. «El otro no ha llegado aún. Cuando llegue habrá de durar poco»: reinado de Tito (79-81). Juan hace aquí una profecía ex eventu («a toro pasado»), pues de hecho sabe ya que el reinado de Tito fue breve: apenas tres años. «La Bestia que era y ya no es, hace el octavo, pero es uno de los siete y camina hacia su destrucción»: Domiciano (81-96). Es la «Bestia» porque representa al Imperio actual: se hizo llamar Dios y exigió adoración; «no es» porque está ya siendo derrotado; «hace el

octavo» de la lista porque está ahora gobernando, y «camina hacia su destrucción» porque —según el autor— en su reinado tendrá lugar el fin del mundo, descrito en los capítulos 17-19; es «uno de los siete» porque es la reencarnación del espíritu malvado de Nerón. Es el Nerón redivivo que persigue de nuevo a los cristianos. 18,1-24: Caída de Babilonia. El «presente profético» dibuja ya a Babilonia derrotada, aunque todavía no lo está. Por eso los diversos estamentos que han colaborado con el Imperio hacen duelo por su ruina. Es como un coro a varias voces: reyes vasallos, mercaderes, transportistas de bienes entonan lamentos. El poderío económico del Imperio sirvió para forzar a los cristianos a un apartamiento de Dios. El espíritu de venganza que destilan estos versículos hace que aún hoy día el Ap represente un problema teológico para ciertas confesiones cristianas. Igual en 6,10 y en 19,1-10. 19,1-10: Alegría en el cielo por la destrucción del Imperio, enemigo de Dios y del Cordero. El escenario es doble: en la tierra hay lamentos / en el cielo hay un coro jubiloso. 19,7-9: el tema del matrimonio entre Dios e Israel es característico de Os 2,1-25. Cf. Ap 12,6: la mujer / Israel verdadero / Iglesia es a la vez madre del mesías y su esposa: las bodas del Cordero. 19,11-21: Primer combate escatológico. La batalla del Mesías. Victoria sobre el falso profeta y los reyes de la tierra. Es el gran día de Yahvé contra los paganos, de acuerdo con toda la tradición del Antiguo Testamento que anhela la restauración de Israel. El triunfo fue adelantado en 14,1-15,4 y en 17,12-14.

20,1-3: Victoria sobre la Serpiente: el reino de los mil años. De la tríada de bestias sólo queda la gran Serpiente (Satanás). Un ángel, probablemente Miguel, lucha contra ella y la encadena. El reino de los mil años (20,4-6) había sido ya anunciado oscuramente en 5,10. Esta concepción del «milenio» aparece también en otras obras judías más o menos contemporáneas del Apocalipsis, por ejemplo, IV Esd 7,28 (cuatrocientos años) y Apocalipsis siríaco de Bamc 29,4 (un tiempo indefinido). El milenarismo ha sido un quebradero de cabeza para la iglesia, que finalmente no lo ha recogido en su dogmática y lo ha interpretado sólo simbólicamente: los «mil años» representan el tiempo que ha de transcurrir entre el final de las persecuciones en el Imperio romano y el juicio final. Milenio = reino de Dios. 20,4-6.12-15: La doble resurrección es una combinación de dos ideas judías: resurrección sólo de los justos (cf. Ap. 19,21) más la noción posterior de una resurrección general de los muertos: ¡los justos para el premio y los malvados para el castigo. En la primera resurrección resucitan sólo los mártires. Los demás muertos en Cristo no revivirán hasta pasados esos mil años

20,7-10: Segundo combate escatológico después del milenio. Se supone que al margen de ese reino de Dios siguen su vida en la tierra otras naciones de los paganos. A los mil años es desatado Satanás y reúne a estas naciones. 20,8: Gog, rey de la tierra de Magog (tomado de Ez 38-39), es la representación simbólica de los paganos que han seguido viviendo al margen del milenio. No se arrepienten nunca y atacan a los fieles del Cordero. Su final será también la aniquilación: «Bajó fuego del cielo y los devoró». El Diablo, la Bestia y el falso profeta van al infierno por los siglos de los siglos. 20,11-15: Juicio universal con la resurrección de los muertos. Los fieles al Cordero están inscritos en el libro de la vida y tienen una recompensa inmediata. Los incrédulos son enumerados en 21,8 y en 9,21, y van todos al infierno: lago de fuego y azufre (20,15 y 21,8). 21,1-22,5: El nuevo cielo y la tierra nueva. La Jerusalén mesiánica futura. El mundo nuevo tiene un cielo nuevo y una tierra nueva. La idea es similar a la de Pablo en Rom 8,19: la creación entera

participa de la libertad de los hijos de Dios, redimidos por el sacrificio de Cristo, y se renueva por entero. Tras esta descripción de un mundo renovado sigue latente el antiguo mesianismo israelita que sitúa el paraíso del mesías siempre en esta tierra: la ciudad santa, la nueva Jerusalén, el paraíso de los justos, desciende del cielo a la tierra (21,2.10). La Jerusalén celestial es la contrapartida de la malvada Roma. Los bienes para los justos en ese mundo futuro son admirables: Dios habita en medio de ellos (21,3) y serán hijos de Dios (21,7); no habrá mal alguno (21,4); será el reino de la luz, donde no hay tiniebla alguna (21,23; 22,5).

21,9-22,5: La Jerusalén mesiánica. Muchos de los rasgos con los que describe el vidente la Jerusalén mesiánica son tradicionales (cf. la novela de José y Asenet: AAT 211I 259-327). En el mundo nuevo ya no existe la tiranía del tiempo: no hay sol ni luna, que lo marcan y señalan. Tampoco hay mar (símbolo del Caos y de las potencias hostiles a Dios) ni Templo. La ausencia de santuario en la nueva Jerusalén es polémica y se dirige contra la función del templo en el antiguo Israel. Con el sacrificio redentor de Cristo ya cumplido, sobra todo templo terreno (Heb 8-10). 21,24-25: La Jerusalén futura cumple con todas las expectativas de la restauración judía: las naciones caminarán a su luz y a ella vendrán el esplendor y los tesoros de los gentiles (Is 60,3.9). 22,6-21 son la conclusión de la obra: las visiones son auténticas. El autor se proclama profeta. Siguiendo la tradición apocalíptica desde el profeta Zacarías, también Juan afirma que un ángel le ha servido de ayuda e intérprete para transmitir sus oráculos. El autor no trata de mantener ningún secreto como otros apocalípticos: no sella su libro. Para participar de los bienes finales no hace falta ningún conocimiento especial, sino ser cristiano: «El que tenga sed que se acerque y el que quiera recibirá gratuitamente agua de vida»: 22,17. «El tiempo está cerca» insiste en la afirmación de 2,6: «Dios ha enviado a su ángel para manifestar lo que ha de suceder pronto»: el fin del mundo es inmediato (1,1; 3,11; 16,15).

## **5. ¿Es el Apocalipsis un libro auténtico de visiones personales?**

El autor del Ap afirma expresamente al inicio de su libro que éste es la plasmación por escrito de una revelación personal (1,1). A lo largo de la obra repite: «Caí en éxtasis» (1,10), «Vi» (5,1; 8,2; 10,1; 14,1, etc.). Todo el libro parece respirar una atmósfera de autenticidad y de participación personal en lo que se describe. Sin embargo, esta impresión se tambalea cuando se piensa que gran parte del libro está compuesto a base de textos escritos anteriores. El lenguaje, las alusiones, las palabras sueltas y expresiones (aunque nunca una cita explícita) del Antiguo Testamento aparecen por todas partes en la obra. Es claro que el autor se inspira en la Escritura sagrada, sobre todo en los libros del Éxodo, Daniel, Ezequiel, Isaías y Zacarías, no sólo para la expresión literaria, sino para el contenido mismo de sus visiones, que repiten casi al pie de la letra algunas de las que tuvieron esos profetas anteriores. Los análisis literarios revelan también sin duda alguna que el autor del Ap utiliza otros textos apocalípticos previos que no pertenecen a la Escritura y los incorpora a su libro. Así se han señalado que los pasajes siguientes tienen como base escritos apocalípticos anteriores al autor; 7,1-12; 11,1-14; 12,1-18 + 13,1-18; 17,1-17; 20,1-22,5. El número de páginas que ocupan estos pasajes en el Ap es notable. Además el Ap se nos muestra como una obra de estructura bastante bien planeada y cuidadosa. Uniendo estos hechos se impone una conclusión: es posible que el autor

tuviera auténticas visiones como base o impulso de lo que escribe, pero no cabe duda de que el resultado final, el escrito presentado para su lectura litúrgica, es un producto netamente literario y artificial, compuesto en la soledad de un escritorio de autor. Éste intentó hacer una obra con una estructura basada fundamentalmente en los números siete, cuatro y tres. Pero el uso de materiales previos no le permitió un ajuste perfecto. A pesar de este defecto, el Apocalipsis está muy logrado literariamente, y recoge, asimila y presenta renovadamente a sus lectores una tradición literaria de revelaciones ya antigua en el judaísmo.

## **6. Intención del libro y su interpretación**

La intención del Apocalipsis es servir de consuelo a sus lectores cristianos. La comunidad en la que vive su autor se siente angustiada: ha padecido algunas persecuciones por parte de las autoridades y barrunta que en un inmediato futuro vendrán otras más y peores. El opresor, el Imperio, vivirá momentos de engrandecimiento; la persecución se recrudecerá. Pero ello no es más que un espejismo de triunfo. El fin de la historia, dispuesta desde el principio de los tiempos por Dios, se acerca. Esta idea les ayudará a ser fieles hasta el final y recibir la recompensa. Por tanto, el autor pretende ciertamente presentar una profecía del fin del mundo, pero estaba absolutamente convencido de que ese final ocurriría durante su generación: el fin es inminente. El libro subraya expresamente la contemporaneidad de sus lectores (1,9: «vuestro compañero en (a tribulación)») enviándoles cartas sobre el estado actual de sus comunidades (caps. 2-3) e insistiendo en que su libro no es secreto (22,10), sino una especie de misiva que debe ser leída en público (1,4; 22,18) en el tiempo presente. No era intención del autor, ni mucho menos, ofrecer un paradigma intemporal del fin del mundo para que las generaciones futuras que leyeran su libro tuvieran signos y señales por medio de las cuales pudieran interpretar sucesos de su propia época y predecir exactamente el final. Es importante para entender el Apocalipsis caer en la cuenta de que esta actitud de los lectores modernos no es posible de acuerdo con los patrones del libro. Como ocurrió con otras profecías, la del Apocalipsis no se cumplió. El que intenta entenderlo hoy día ha de tener en cuenta este hecho, y leer la obra como lo que es: una pintura del fin del mundo destinada a lectores de finales del siglo I de nuestra era, y no para los siguientes. Fue una obra absolutamente del momento, condicionada por las circunstancias y el pensamiento de la época.

La Iglesia, que consagró al Apocalipsis como santo introduciéndolo en la lista de libros sagrados, se vio obligada a interpretarlo más simbólicamente aún de lo que pretendía el autor, y a pensar que la revelación que contiene es intemporal y se reduce a unas cuantas líneas generales: en el final —cuando sea, impredecible con los datos del libro— habrá mucha gente que aún no se ha convertido a Jesús. Por medio de castigos y cataclismos, el Salvador intentará convencerlos casi a la desesperada. Como eso no ocurrirá, tendrá lugar el juicio universal. Los buenos serán premiados y los malos, castigados. Los buenos irán al paraíso y allí habrá una bienaventuranza sin límites.

## **7. Autor**

Vimos ya que al contrario que en otras obras apocalípticas de la misma época o inmediatamente anteriores, el autor no disfraza su identidad. No se le ocurre poner su obra

bajo la falsa autoría de un profeta de J pasado. Sabemos ya perfectamente que en el cristianismo primitivo los profetas desempeñaban un papel rector en la comunidad muy importante {cf. pp. 143s}. Juan es uno de esos profetas y proclama que a través de él habla el Espíritu de Jesús y Jesús mismo. ¿Quién es este Juan? En realidad no conocemos de él más que el nombre y el ámbito en el que se movía, Asia Menor, aunque en su época debió de ser un personaje muy conocido al que bastaba designar sólo por su nombre. La tradición posterior ha afirmado que este Juan es uno de los doce apóstoles de Jesús, el hijo del Zebedeo, el autor del Cuarto Evangelio. Pero esta afirmación es imposible por varias razones: • Juan, el hijo del Zebedeo, murió mártir en los años 40 de nuestra era. El Ap indica con cierta claridad que está escrito en tiempos del octavo emperador del Imperio (17,10), o en todo caso durante el reinado del sexto..., lo que nos sitúa bastante más allá de los años 40 del siglo [ . \* Descartado este Juan, queda el autor del Cuarto Evangelio al que la tradición denomina también Juan. (¿Salieron el Apocalipsis y el Cuarto Evangelio de la misma pluma? La respuesta es también negativa. Ya desde mediados del siglo 11[ algunos Padres de la Iglesia (en concreto Dionisio de Alejandría) cayeron en la cuenta de que —a pesar de algunas concomitancias por ser cristianos ambos autores— el lenguaje y las ideas del Ap no se parecen en nada o casi nada al lenguaje y mundo conceptual del Cuarto Evangelio. Los análisis más modernos, desde el siglo XIX, confirman este punto de vista: la lengua y la teología son muy diferentes. Es totalmente imposible que un mismo autor tuviera un modo de expresarse y unas ideas tan diversas. Además, a diferencia del autor del Cuarto Evangelio, el Apocalipsis no presenta a su autor como testigo ocular o apóstol de Jesús. Todo lo contrario, los apóstoles son para el Juan del texto una entidad gloriosa del pasado cristiano (18,20; 21,14), entidad a la que él no pertenece. • Tampoco es el Juan del Apocalipsis el autor de las Epístolas johánicas. El argumento convincente es el mismo: la enorme diversidad de lenguaje y de conceptos teológicos. • Tampoco tenemos argumentos serios para identificar a este Juan de Patmos con el «presbítero Juan», un importante personaje cristiano de Asia Menor, del que nos habla un escritor cristiano antiguo, Papías de Hierápolis, en un fragmento recogido por Eusebio de Cesárea (Historia eclesiástica 111 39,4). Al parecer este presbítero era un griego de nacimiento, mientras que el autor del Ap parece alguien cuya lengua materna era el arameo o el hebreo, como se deduce con claridad de la obra misma.

Descartados estos parentescos no nos queda más que afirmar lo que decíamos al principio: conocemos el nombre del autor y su ámbito de residencia, pero nada más. Probablemente el escritor era un judeo Cristiano nacido en Palestina, que conocía de memoria el Antiguo Testamento y otras obras apocalípticas, que emigró a Asia Menor, probablemente debido a las convulsiones políticas y guerreras de la revolución judía contra Roma durante los años 66-70. En estos acontecimientos creyó él ver el inicio del fin.

## **8. Fecha de composición**

No es fácil dilucidar este punto precisamente por el uso por parte del autor de materiales previos. Hay pasajes, en especial parte del capítulo 11, que parecen estar escritos durante o poco después de la época del emperador Nerón (54-68) ya que quizá sean una alusión a la guerra judía del 66-70. Pero en conjunto, en su redacción actual, la obra debe ser un poco más tardía. La tradición de la Iglesia señala desde Ireneo de Lyon (Adv. Haer. V 30,3)

que el Ap se compuso durante el reinado de Domiciano. Para situar temporalmente la composición del Ap ayudan las siguientes consideraciones: a) La obra debe ser posterior al 70 por las alusiones, ya mencionadas, a la guerra judía que acabó en ese año. b) El autor supone un momento de persecuciones en Asia Menor (1,9; 6,9-11; 11,1ss; 13,1ss, etc.). No puede ser la época de Nerón, pues su persecución anticristiana se limitó a la ciudad de Roma.

c) Hay un recrudecimiento de la exigencia de dar culto al Emperador, y el que no lo cumpla con esta obligación cívica corre un peligro cierto. d) Durante la época de Domiciano empezó a tomar forma la posibilidad real de que los gobernadores provinciales persiguieran por su cuenta a los que no profesaban la religión tradicional del Imperio, ya que ello estaba de acuerdo con la política imperial y agradaba al Emperador. Por consiguiente, el conjunto de circunstancias del Apocalipsis cuadra mejor con la época de Domiciano (81-96) que con la de cualquier otro emperador. Sin embargo, la historiografía moderna tras un análisis exhaustivo de las fuentes señala que en tiempos de Domiciano no hubo estrictamente una persecución de ámbito general contra los cristianos ni contra ninguna otra religión. Ante este hecho evidente sólo resta una solución que satisfaga esta constatación y la que se deduce de los párrafos anteriores: es posible que por deseo de un efecto literario más acusado el autor del Apocalipsis, que escribía ciertamente en tiempos de Domiciano, haya exagerado un poco el ambiente de persecución, o haya trasladado al presente lo que él esperaba en un futuro inmediato.

## **EL NUEVO TESTAMENTO Y LAS RELACIONES CON EL ESTADO**

Es éste un problema candente del cristianismo primitivo que el Apocalipsis ha planteado con toda crudeza y que tiene en el Nuevo Testamento una multitud de respuestas no concordantes entre sí. Veámoslo en breve panorámica. La postura de Jesús era muy contraria a unas buenas relaciones con el Estado tal como se presentaba en Galilea y Judea. El Jesús que podemos reconstruir analizando los estratos evangélicos más antiguos parece distar bastante del Cristo pacífico y universalista de otra línea de la propia interpretación evangélica. Desde la perspectiva de un Jesús que predica la venida del reino de Dios en la atmósfera del nacionalismo de su tiempo, teocrático, insatisfecho ante la situación social de su país —aunque Jesús no tuviera intereses políticos directos a pesar de su entrada mesiánica en Jerusalén— podemos colegir muy bien cuál fue su postura respecto al Imperio romano y su vida cultural, política y económica: poco o ningún aprecio, rechazo, antagonismo hasta la propia muerte de manos de un gobernador romano.

La posición de la comunidad primitiva judeocristiana apenas variaría respecto a la de Jesús en cuanto al problema de sus relaciones con un Estado impuesto por los romanos. Su aprecio por el Templo, su visión religiosa esencialmente judía, el tenor de sus dirigentes, como Santiago, denominado «el Justo» incluso por los no cristianos por su exacto cumplimiento de la Ley, no permite suponer cambio ninguno respecto a su posición hacia el Estado. Tampoco lo tendría el grupo que recopiló la fuente Q. El Apocalipsis ha mostrado un panorama parecido, pues es un exponente claro de la tendencia judeocristiana dentro del cristianismo. Hemos visto que el autor insta a sus lectores a no participar en la vida del Imperio: lo mismo que el pueblo antiguo de Israel había padecido bajo el yugo violento de asirios, caldeos y seléucidas, del mismo modo el nuevo y

definitivo Israel —los cristianos— no debía tener parte alguna en las exigencias religiosas y sociales del Imperio. Domiciano era el infame Nerón redivivo; Roma la gran prostituta, y el Imperio, la Bestia, que a instigación de Satanás se constituye en el adversario, anticristo, por excelencia de Jesús y su pueblo. Se impone la resistencia, la no participación ni siquiera en el entramado económico del Imperio (Ap 13,17), incluso la aceptación de la muerte por no convivir y adorar a la Bestia. El anhelo de estos cristianos era la destrucción del Imperio, junto con el mundo presente para que se instaurara por fin el reino de Dios, creándose la nueva Jerusalén en el marco de un nuevo cielo y una tierra nueva (Ap 19-22). Es imposible hallar postura más encontrada y hostil frente a la estructura del Imperio romano.

Otro panorama Totalmente distinto presenta la comunidad helenística, sobre todo la paulina. Como ya hemos apuntado (pp. 271 y 297), una de las aportaciones de Pablo consistió en introducir en el cristianismo, ayudado por concepciones de talante gnóstico, un sentido radicalmente espiritualista y ultrarreferido. La sabiduría que él predicaba «no era de este mundo» (1 Cor 2,6), sino un misterio oculto que Dios preordenó antes de los siglos. El mundo material es malo, en cuanto caído y sometido a las potencias demoníacas; el hombre sólo puede salvarse por la acción interior del Espíritu. Esta devaluación absoluta de lo material en la vida humana entraña un grave pesimismo en lo que respecta a la situación del ser humano en este mundo: es un pasajero en un mundo eminentemente satánico, es como un extranjero en una cultura y un orden social carentes de valor en sí. Esta radical devaluación del mundo será el soporte de una consideración de la política o de la participación en la vida del Estado como algo ajeno, y será también el sustento de una actitud de huida interior, absolutamente conformista. Esta actitud se pone de relieve en primer lugar en el ámbito social, respecto al cual Pablo aconseja la más absoluta resignación ante las estructuras vigentes en el Imperio, por ejemplo, la esclavitud, jamás cuestionada. En esta perspectiva se explica bien que Pablo formule el principio de obediencia casi absoluta al orden y al poder civil establecido: se trata de mostrar una aceptación conformista de la situación mundana, reflejada aparentemente en la más dócil y absoluta sumisión al Estado, aunque en el fondo no sea más que indiferencia consecuente a una falta de interés. «Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen por Dios han sido constituidas. De modo que quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden divino, y los rebeldes se atraerán sobre sí mismos la condenación» dice el Pablo de Romanos (13,1-2). Para las autoridades romanas los discípulos de Pablo serían súbditos ideales —todo lo contrario de lo que debieron ser Jesús y sus más inmediatos seguidores— y extraordinarios por lo sumisos, aunque carecían en verdad de todo impulso verdadero interior para participar realmente en la vida del Imperio. La literatura postpaulina que sigue las huellas del Apóstol comparte las mismas ideas que su maestro. Las Epístolas Pastorales predicán también la aceptación de los principios paulinos de sumisión y obediencia a las autoridades. Leemos en la Carta a Tito: «Amonéstales que vivan sumisos a los magistrados y a las autoridades, que les obedezcan y estén prestos para toda obra buena» (3,1). La segunda y tercera generación paulina irá consolidando este talante social y político respecto al Imperio, que poco a poco, a lo largo de los siglos III y IV, se irá conformando en un cuerpo sólido de doctrina. La antigua tesis de Jesús y sus discípulos se va acomodando con rapidez a las

realidades del Imperio helenístico-romano. Así el autor de la primera Epístola de Pedro, quizás en realidad un discípulo de Pablo, cuando se propone fortalecer a sus lectores ante la dureza de los tiempos de persecución, desalienta a la vez todo intento de resistencia activa. El autor exhorta sin equívocos a la estricta sumisión al emperador y sus gobernantes... «Por amor del Señor estad sujetos a toda institución humana; ya al emperador como soberano; ya los gobernadores como delegados suyos... tal es la voluntad de Dios» (2,13-15)

Así, a lo largo de los diversos estratos del cristianismo del primer siglo tal como se muestra en el Nuevo Testamento observamos una evolución muy rápida respecto a las relaciones con el Estado, encarnado en el Imperio romano. En Pablo y en la literatura postpaulina se afirman los fundamentos de la ideología conservadora del Nuevo Testamento gracias a su sistema de apoyo, directo o indirecto, a los poderes constituidos. En un tiempo no muy lejano y cuando la venida del mesías se aleje definitivamente del horizonte inmediato, el cambio se hará más perceptible: de haber sido en origen el grupo de los seguidores de Jesús radicalmente antagónico a todo lo romano, la religión cristiana pasará en tres siglos a ser la base y el sustento del Imperio.